



**S** **Y** **N**  
**C** **H** **R** **O**  
**N** **L**  
**C**  **T** **Y**

The title 'SYNCHRONICITY' is displayed in large, bold, white and black letters. The letters 'S', 'N', 'C', 'R', 'O', 'N', 'L', 'T', and 'Y' are black, while 'Y', 'H', 'R', 'O', 'N', 'L', and 'T' are white. The letter 'C' at the end is white. A black silhouette of a chess king piece is positioned between the 'C' and 'T'. The background features a green silhouette of a person whose form is filled with a detailed green circuit board pattern.

VÍCTOR PANICELLO

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2019, Víctor Panicello, por el texto  
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Estudi Miquel Puig  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-8343-586-1  
Depósito legal: B-18361-2019  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## Prólogo

**E**l movimiento fue decidido, sin temblores en la mano que pudieran delatar dudas. Sochi hizo avanzar el caballo directo hacia su objetivo, sujetándolo con suavidad pero con firmeza, como le habían enseñado. Tal vez un ojo experto notara algo de precipitación en su lenguaje corporal, pero era disculpable; después de todo, llevaba en esa persecución casi desde el inicio de la batalla, y ahora, por fin, lo tenía a su alcance... estaba preparado para cazarlo y darle muerte. Su adversario parecía algo distraído, como si no se hubiera dado cuenta de que estaban a punto de infligirle un duro castigo por el flanco izquierdo de sus defensas. Era la prueba de que había conseguido situarse en la posición adecuada sin levantar sospechas.

A pesar de su inexperiencia en estos combates, estaba convencido de que lo estaba haciendo bien. Había sufrido algunas pérdidas en sus filas, pero no muy graves, ya que las unidades más importantes de su ejército seguían en pie. Sin

duda, la responsabilidad de planear, ejecutar y mandar sobre las propias tropas era una pesada carga, pero también comportaba satisfacciones si se alcanzaba el éxito.

Observó con extrañeza que muchos de los ojeadores que contemplaban el enfrentamiento desde la distancia mostraban cierta indiferencia ante la que él creía que era una jugada maestra, pues estaba a punto de cobrarse una succulenta pieza. Eso le provocó alguna duda, de manera que, para asegurarse de que nada iba mal, echó un rápido vistazo a todo el campo de batalla antes de lanzar su fulminante ataque. De momento, todo parecía en orden y controlado. Por el centro nadie sacaba una clara ventaja, ya que ambos adversarios estaban en una posición equilibrada, sin espacios claros por donde penetrar y hacer daño. Por la derecha de sus propias defensas había algunos agujeros que debía vigilar, pero para eso tenía apostadas a sus mejores piezas en ese flanco y confiaba en mantener el control de la posición.

Así pues, todo parecía dispuesto para dar el golpe que podría inclinar la balanza hacia la victoria. Una gota de sudor se deslizó por su cuero cabelludo, deteniéndose a la altura de la nuca. Nadie se dio cuenta.

Finalmente, el potente caballo, negro como el carbón, se elevó sobre su víctima y la sorprendió sin que pudiera hacer nada para escapar. Una leve sonrisa se dibujó en su cara mientras miraba de reojo a su adversario.

10 Tras un elegante pero contundente toque, la torre enemiga, blanca como el marfil, cayó, produciendo un sonido ligero pero que a él le sonó a gloria... la gloria que espera a los vencedores.

–Eso no es correcto –le susurró Kayla en su oído derecho.

Un perfume suave se mezcló con el olor natural de su piel y el resultado fue explosivo, casi como ese ataque despiadado. Trató de concentrarse en las palabras y no en los olores, ya que ella le estaba diciendo algo...

–Derribar las piezas del adversario se considera una conducta poco deportiva. De hecho, no deben tocarse más que lo justo para apartarlas del tablero con suavidad y depositarlas fuera.

–¿En serio?! –le respondió sorprendido.

Ella le gustaba, y por eso se había dejado convencer para aprender a jugar al ajedrez, aunque eso lo convirtiera en un tipo todavía más raro de lo que ya era.

–Sí, esto no es como lo que ves todos los días en las pantallas. Aquí los competidores respetan las reglas.

–También en los deportes se respetan... las no reglas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Enseguida se dio cuenta de que estaba riéndose solo, así que decidió callarse. Sin embargo, lo que había dicho era cierto, todo el mundo creía que en las competiciones no había reglas, pero eso no era así. Había algunas fijas, aunque cambiaran a voluntad de los jueces en el caso del fútbol de contacto y en algunos de los otros deportes secundarios.

–¿Estás por el juego o no? –le recriminó Kayla de nuevo.

Era su décima partida abierta desde que decidió dejarse convencer para ir por las tardes a ese local semiclandestino donde los cerebritos habían montado una especie de club de ajedrez. No estaba prohibido jugar, pero tampoco era algo aplaudido socialmente, así que estaba algo inseguro, ya que trabajaba en el Centro de Instrucción y Rendimiento y le pa-

gaba directamente CIMA. Si se enteraban de que dedicaba su poco tiempo libre a ese tipo de actividades, cosa que seguro que pasaría, tal vez decidieran bajarlo de nivel. Eso implicaría perder algunos de los pocos privilegios que tenía ese trabajo aburrido que llevaba haciendo los últimos cinco años. Y lo peor era que incluso podían dejarlo sin ir como asistente a los campeonatos mundiales de fútbol de contacto que se llevarían a cabo dentro de algunas semanas a más de ocho mil kilómetros de allí, nada menos que en territorio del Imperio. Después de todo, él solo era un ayudante de nivel 4, aunque tenía acceso a los deportistas y eso era algo por lo que muchos chicos de su edad casi matarían. ¿Llevar una toalla limpia a uno de sus ídolos? ¡Buf!, a veces incluso ni él mismo se lo creía.

Tenía que ir con mucho cuidado; no iba a echarlo todo a perder por ese perfume de Kayla, así que esa misma mañana había decidido que o se lanzaba ya a por ella o sería mejor que dejara de jugársela.

–¡Jaque!

La voz odiosa que acababa de escuchar era la de su adversaria, una chica enclenque y de pelo cobrizo que daba la mano como si le diera asco tener contacto con otros seres humanos, lo que probablemente fuera cierto.

–¡¿Qué?! –preguntó Sochi en voz demasiado alta.

No debería haber dicho nada, ya que eso provocó que los que estaban por allí cerca se giraran a contemplar la situación, con lo que empezó a sospechar que estaba a punto de ser humillado en público.

–¡Jaque! –repitió la chica sosa sin inmutarse, casi como si le costara pronunciar cualquier palabra.

Miró desesperado el tablero tratando de adivinar qué había podido pasar. Efectivamente, la reina blanca amenazaba a su rey con parsimonia, casi como si estuviera cansada de repetir esa jugada una y mil veces.

–Es una variante avanzada del jaque Chipenhood –le aclaró Kayla en voz baja–. Estás muerto.

–¿Y qué demonios es eso? –le preguntó mientras trataba de buscar una salida.

El rey negro, hasta hacía un momento orgulloso y brillante, se encontraba ahora atrapado por su propio ejército, asfixiado por la defensa que él mismo había montado acumulando piezas a su alrededor, pero sin dejarle espacio para poder maniobrar.

–Estás muerto –le repitió ella al ver que alzaba la mano como para mover alguna pieza–. Será mejor que lo aceptes.

Y así lo hizo; era mejor acabar cuanto antes y así verse libre de esa mirada de pez de su adversaria. Con resignación, dio un ligero toque a su propia pieza y el majestuoso rey negro cayó, produciendo un sonido suave al golpear el tablero.

El sonido de la derrota.

–¿Qué ha pasado? –preguntó en cuanto se apartaron un poco del grupo que ahora se disponía a contemplar otro enfrentamiento.

–Has cometido muchos errores de principiante –sentenció Kayla mientras le sonreía de esa manera que provocaba que cierto cosquilleo vibrase en la piel de sus brazos.

Estaba a punto de preguntar cuáles, ya que a él le había parecido que la partida estaba bien planteada. No hizo falta que lo hiciera.

–Siempre pasa igual con los novatos, os concentráis solo en determinados aspectos de la partida, en zonas concretas o solo en algunas piezas, y olvidáis que este es un juego de estrategia global, donde todo sucede al mismo tiempo y todo está relacionado.

Estaba a punto de protestar cuando ella siguió hablando y destrozando lo que, poco antes, él suponía una brillante táctica de combate.

–Te has obsesionado con esa torre desde que ella la ha sacado y ya no has visto nada más. Ha sido tan evidente que pretendías cazarla que tu contrincante no ha tenido más que ir enseñándotela mientras maniobraba disimuladamente con la reina y el alfil hasta situarse en posición de hacerte un mate ya clásico en ajedrez. Cuando ha estado preparada, te ha dejado creer que su torre ya era tuya para que le abrieras el camino con ese caballo y tú has caído como un novato.

–No lo he visto venir –dijo con la mirada baja.

–Claro que no –le respondió ella mientras le ponía la mano en el hombro, lo que le provocó un ligero estremecimiento.

Cuando levantó la vista, vio que le sonreía con esa dulzura que tantos estragos causaba entre los del pabellón. Ella era preciosa: alta y con el esbelto cuerpo propio de las bailarinas, especialidad que practicaba para poder mantener un trabajo de *cheerleader* del equipo local, el puesto que le habían designado desde que acabó de cursar los estudios básicos regulares.

14 –Justo por eso eres un novato –sentenció de nuevo, pero sin que pareciera una acusación–. Y, además, pareces nervioso y bloqueado. Caminemos un poco a ver si te relajas.



Pasaron un rato por los alrededores del edificio bajo donde tenía su sede el club de los ajedrecistas. Se trataba de un antiguo almacén donde se guardaban vehículos de mantenimiento de la ciudad y que ahora pertenecía a CIMA, como casi todo lo demás. Tenía más de cincuenta años y se construyó poco tiempo antes de la gran crisis, por lo que todavía conservaba ese aire un poco frívolo de cuando el dinero fluía sin problemas. Era una construcción alargada y estrecha de dos pisos que había quedado empequeñecida por dos grandes moles de hormigón liso y sin adornos que la rodeaban. Esos dos bloques servían de oficinas para la logística del barrio oeste, y se veía claramente que se construyeron cuando ya todo empezó a ir mal. No tenían ventanas, ni adornos, ni ningún detalle superficial, con sus apartamentos de poco más de cincuenta metros cuadrados que poco después se dividirían en dos de veinticinco e incluso en tres todavía más pequeños.

En la planta baja del pequeño pabellón todavía había algunas máquinas de mantenimiento, ya sin uso, y un par de camiones de recogida de residuos que también dejaron de funcionar hacía mucho tiempo. En la planta superior había dos partes claramente diferenciadas. La de delante estaba ocupada por unos informáticos que parecían vivir allí porque trabajaban sin parar, y la parte de atrás daba a una ventana que solo se abría para contemplar una gris y lisa pared. Allí era donde estaba el pequeño local en el que se jugaba al ajedrez veinticuatro horas al día todos los días... salvo los que eran de obligada asistencia a las competiciones deportivas.

—Tienes que dejar de pensar tanto. Debes dejar que tu mente busque nuevas opciones de jugadas sin que esté per-

manentemente pendiente de las reglas del juego. Eso, claro, si es que quieres llegar a ser un buen ajedrecista. No se trata solo de mover piezas, ni siquiera se trata de ganar o de perder, se trata de comprender, de... intuir.

Por un instante, Kayla lo miró a los ojos con intensidad, tratando de adivinar si había entendido esa palabra.

Porque esa era *la palabra*, o, por lo menos, ella lo creía así.

Sin embargo, él no pareció darse cuenta de nada, simplemente la miraba, entendiendo que su entusiasmo se debía a que hablaba de ajedrez, algo muy especial para ella. A menudo pensaba que ojalá lo mirara a él como lo hacía con cualquiera de los peones antes de empezar la partida.

–Ya entiendo –le respondió, por decir algo.

Kayla lo miró con algo parecido al desprecio.

–No, no tienes ni idea de lo que te estoy hablando.

–Vale, ni idea.

–Intuición..., ya sabes, algo como cuando te plantas delante de un cruce de carreteras y, de alguna manera, *sabes* cuál es la correcta. O como cuando adivinas quién va a ganar un juego –le dijo, esperando que la siguiera en su razonamiento.

Él captó que se había producido un cambio en la conversación y que, por alguna razón, ahora ya no se trataba solo de ajedrez, pero no tenía ni idea de qué estaban hablando realmente. Por eso trató de hacerse el gracioso, como defensa ante una situación confusa.

–Ya entiendo, como ese cruce de la avenida principal que te lleva a la rotonda esa enorme donde nadie sabe quién debe entrar primero..., ¿no?

Ella parecía ahora la confusa.

–¿Qué rotonda? ¿De qué me estás hablando?

Sochi se dio cuenta de que la cosa no iba por donde esperaba y decidió que lo mejor era guardar silencio y poner cara de idiota, algo que, en ese momento, no le costaba mucho hacer.

–¡Me refiero al ajedrez... a la vida... a todo! A esa sensación de que uno de los caminos es el bueno y el otro no. No sabes la razón de esa idea que se te mete en la cabeza, no tienes más datos para tomar una decisión racional... simplemente, lo sabes.

El silencio se alargó unos segundos, y por ese motivo él creyó oportuno volver a hablar, aun sospechando que no debía hacerlo.

–Ya entiendo... dos caminos. Pero... ¿eso qué tiene que ver con el ajedrez?

–Todo, lo tiene que ver todo.

Se dio cuenta de que ella levantaba la cabeza ligeramente, mirando hacia el espacio reservado a los maestros, a los cien mejores en ajedrez de esa zona metropolitana. Fue solo un instante y no supo cuál era el motivo; tal vez quería impresionar a alguien de allí dentro.

–Vale... eh... lo intentaré –le respondió, aunque no muy convencido.

–Trata de alejarte de aquí –insistió ella volviendo a mirarlo a los ojos.

Él la miraba también, sin saber qué creer.

–Trata de salir del tablero, de las normas, de la partida –insistió–. Olvida este sitio y esta ciudad, deja que tu mente decida sin condiciones.

–Ehhh... de acuerdo.

–No mires las piezas –insistía ella–. No las mires directamente; mejor deja que tu vista vague hasta que todo se difumine y tengas una visión periférica, algo muy abierto y general.

–Una especie de imagen total –le dijo sin saber muy bien qué estaba diciendo.

Ella se detuvo de repente y se puso frente a él. Sus ojos eran casi violetas cuando les llegaba la luz de la tarde reflejada en los edificios de cristal del margen del río.

–¿Me estás tomando el pelo?

Estuvo a punto de confesarle que sí, pero se contuvo a tiempo. En temas relacionados con el ajedrez, ni ella ni ninguno de los cerebritos que jugaban allí a diario parecían tener el más mínimo sentido del humor.

–No, para nada. Solo digo que es como ver todo el juego claro sin saber si en realidad las cosas van a desarrollarse así.

Su mirada se endureció al principio, pues sospechaba que le estaba diciendo lo que ella quería oír. En realidad, era así, ya que esa frase la había leído en un manual que pudo descargarse de la red, con el permiso oportuno al tratarse de un tema catalogado. Finalmente, ella pareció tragárselo y esos mismos ojos dejaron de mirarlo fijamente, con lo que la tensión se aflojó.

–Sí, es justo eso, como una imagen fija que evoluciona. Tal vez ahora no seas capaz de verlo así; de hecho, seguramente jamás consigas hacerlo. Solo los escogidos son capaces de observar así el juego.

–¿Tú...? –le preguntó Sochi para saber si ella pertenecía a esa categoría.

**18** –No, no soy de las que abren nuevos caminos. Yo soy de las que estudian una y mil veces todas las posibles variantes, de manera que cuando me encuentro en el tablero, no in-

tuyo, solo anticipo soluciones que ya conozco. Y ahora, deja de querer parecer un chico interesante y vamos a jugar, a ver si es cierto eso que dices.

Las siguientes rondas de partidas fueron parecidas. Él se esforzaba en tratar de contemplar todas las opciones posibles mientras encadenaba derrota tras derrota.

Algunas eran simplemente derrotas.

Otras eran derrotas humillantes.

—Sigues calculando tus opciones y no sabes tanto como para tener muchas. En realidad, no sabes nada de este juego —le susurraba Kayla con insistencia cada vez que su rey golpeaba el tablero.

Al final de la tarde estaban por dejarlo cuando sucedió algo que cambiaría su vida para siempre.

Y la vida de muchos otros.

La partida era contra una chica a quien había visto alguna vez rondando por los tableros, jugando sin compasión contra novatos como él y también contra otros más expertos. Era muy alta, casi la más alta de todo el grupo, y su aspecto desastrado y con el pelo rapado al cero la convertía en un ejemplar extraño. Sus duras facciones se correspondían con su modo de jugar, sin contemplaciones y siempre al ataque, dispuesta a machacar, uno tras otro, a todos los que no estaban a su nivel, que no eran muchos.

Se notaba que disfrutaba haciendo daño, sobre todo por los flancos, matando piezas aquí y allá, acorralando otras hasta que se quedaban sin opciones, desmontando cualquier tipo de estrategia que los rivales le planteaban. Y lo hacía sin detenerse casi ni a pensar, siempre avanzando, intercambiando las figuras sin miedo y sin dudas.

En ese momento, le estaba haciendo lo mismo a él, cercarlo y atacarlo sin piedad.

Ya habían intercambiado dos alfiles, algunos peones y un caballo, y todo indicaba que ella acabaría con la partida en unas pocas jugadas. Todo el mundo que miraba el tablero sospechaba que su ataque principal iba a venir por la derecha, ya que parecía la zona más débil.

Kayla se acercó y lo miró desde detrás de la chica, sin decirle nada, pues estaba prohibido hablar con los jugadores durante la partida. Antes de empezar sí que le había dado un consejo, solo uno.

—Su fortaleza es también su debilidad, como acostumbra a pasar con casi todos los jugadores. No pienses, solo aléjate del camino y observa los cruces. Debes decidir sin pensar.

Él se tomó un momento para reflexionar antes de la siguiente jugada, pues era evidente que la partida se acercaba a ese instante en que un solo movimiento marcaría definitivamente el desenlace.

Se detuvo y observó el tablero. No una pieza ni una jugada en concreto; solo el tablero, las sesenta y cuatro casillas enteras, algunas ocupadas por piezas y otras a la espera de estarlo.

Trató de relajarse mentalmente y empezó a darse cuenta de que algo sucedía en su cabeza. A medida que perdía de vista las posibles estrategias planteadas en los manuales, sentía algo que le mostraba por dónde debía actuar, como si el conocimiento acumulado hubiera estado obstaculizando la entrada en acción de otra cualidad.

Era como una especie de imagen que aparecía y desaparecía casi de forma instantánea.

La chica lo miraba con contrariedad, sin entender qué había provocado que se detuviera justo cuando ya estaba a punto de caer en sus garras.

Él no se movió. Estuvo mirando el tablero un buen rato, pues las partidas de ese nivel tenían un buen margen de tiempo entre jugadas.

Respiró profundamente.

Por fin, consiguió alejarse de allí, de ese tablero, de la sala, del edificio, de la ciudad donde había nacido y donde seguramente acabaría sus días.

Esa imagen que buscaba volvió, y, por un instante, pudo ver la partida entera, desde el principio hasta el final, como si ya la hubiera jugado antes.

Comprendió.

Fue solo un segundo, pero algo se formuló en su cabeza, una especie de presentimiento, una convicción, una... intuición, y fue cuando entendió por primera vez lo que significaba esa palabra.

Cada pieza, cada casilla dejó de tener sentido de forma individual y vio las relaciones entre ellas como un todo global, y entonces supo lo que tenía que hacer.

Lo supo, aunque no podía explicar cómo.

Ni siquiera fue consciente de cuánto había durado aquella especie de trance, seguramente solo unos segundos, ya que nadie parecía haberse dado cuenta. Sin embargo, a él le había parecido mucho rato, y, cuando regresó a la sala y a la partida, sintió que las cosas habían cambiado.

Kayla lo miró con curiosidad e, inmediatamente, levantó la vista hacia donde los cien se entrenaban. Buscaba a al-

guien tras la vitrina de cristal que separaba a los aficionados de los maestros.

Mientras tanto, Sochi movió su mano con decisión hacia uno de los alfiles que parecía perdido en una esquina y lo hizo avanzar en diagonal hasta la mitad del tablero, en una posición extraña, como si iniciara una incursión suicida entre las tropas contrarias. Ninguno de los presentes podía saberlo, pero, en ese momento, esa casilla concreta donde lo depositó aparecía iluminada en su cerebro como si la enfocara una potente luz blanca.

Su adversaria pareció sorprendida de que él no hubiera centrado su atención en el flanco, por donde ella trataba de penetrar con una maniobra agresiva. Estuvo un buen rato tratando de adivinar qué pretendía su adversario con esa maniobra que parecía absurda. Al final, no cambió nada y siguió jugando como hasta entonces.

Entonces él supo que había ganado.

También lo supo el chico que miraba desde detrás de la vitrina con sus profundos ojos negros como las piezas del tablero. Había visto a Kayla buscarlo con la mirada.

Tal vez si en ese momento alguien les hubiera explicado a ambos lo que sucedería por culpa de ese instante de *revelación*, habrían evitado que la partida acabara como lo hizo.

Las vidas del jugador, de su amiga y del observador habrían sido muy distintas. Y las de muchos de los deportistas que iban a luchar en los campeonatos mundiales de fútbol de contacto.

Mientras movía las piezas, Sochi no fue consciente de todo lo que pasaba a su alrededor. Solo obedecía a su instinto, algo que habría de seguir haciendo durante mucho tiempo después de proclamar un jaque mate espectacular.



Cuando eso ocurrió, el alfil que lo había desencadenado yacía abandonado en una esquina de la mesa, víctima de ese ataque algo suicida que sorprendió a casi todos los presentes.

Reposaba tranquilo, orgulloso de la misión cumplida.

Ni él ni ninguna de las otras piezas sabían que acababan de encender el mecanismo que iba a cambiarlo todo.

# Capítulo 1

—**N**o te muevas de aquí hasta que yo venga a buscarte —le dijo Zoltan en un tono que no dejaba lugar a discusiones.

Sochi dudó unos segundos sobre qué hacer mientras veía cómo el chico que se suponía debía responsabilizarse de él en ese siniestro lugar desaparecía por uno de los laterales del pabellón sin darle más explicaciones.

Algo confuso y asustado, fue a apoyarse en lo que parecía ser una pared y cayó al suelo al otro lado mientras sonaba una alarma que apenas duró unos segundos.

—Tú, idiota —le dijo un chico vestido con una chaqueta naranja—. ¿No ves que es una pared virtual?

Los avances en virtualidad eran tan espectaculares que, a menudo, resultaba realmente difícil saber cuándo se estaba frente a objetos o construcciones reales y cuándo no. Lo mismo pasaba con las representaciones humanas. Para identificarlos, era obligatorio que los ayudantes virtuales llevaran un pequeño código de barras en la frente, única manera de

distinguirlos de las personas. También los habían dotado de una voz algo metálica para que la gente se sintiera más segura. Aun así, se sabía que CIMA tenía copias sin distinciones trabajando en sectores clave y protegiendo sus intereses.

–¿Qué haces aquí parado? –le preguntó el mismo chico–. Eres uno de los voluntarios, ¿no?

–Ehhh. Sí, supongo –respondió Sochi algo nervioso.

–¿Lo eres o no? –le repitió con brusquedad.

No tuvo tiempo ni de responder.

–Sígueme.

–Pero yo... no... Me han dicho que no me moviera de aquí –protestó Sochi tratando de buscar a Zoltan con la mirada.

–¡Que me sigas!

–Pero Zoltan dijo...

–Pues sí que empezamos bien. Ven conmigo y ya me lo contarás por el camino. O eso o te vas a la calle de una patada en el culo, y no precisamente virtual.

–Vale, vale.

Con cierta prevención siguió al chico por un pasaje sin adorno alguno, con las paredes de hormigón desnudas. Al fondo, el pasillo se bifurcó en varias direcciones y fueron a parar a una habitación también sin decoraciones donde el chico lo agrupó con otros siete voluntarios de más o menos su edad, pero mucho más atléticos que él. Se notaba enseguida que eran deportistas.

–No te muevas de este grupo y ve con ellos cuando os lo digan.

–Yo... Zoltan... –repitió balbuciendo.

–Cada día nos mandan gente más cortita –protestó el ayudante mientras desaparecía por la misma puerta de entrada.

Los del grupo lo miraron con curiosidad, pero nadie dijo nada. Tras una breve espera, los hicieron seguir a una chica con idéntica chaqueta naranja y caminaron un buen rato por las entrañas del pabellón. Esta vez, en el largo pasillo había una gran cantidad de puertas a ambos lados, la mayoría de ellas cerradas. Las que estaban abiertas eran simplemente habitaciones blancas sin mueble alguno. En algunas de ellas, grupos de jóvenes como el suyo esperaban acontecimientos.

Después de caminar un buen rato, pues el pabellón era inmenso, la chica los hizo pasar a una habitación igual que las que acababan de ver y cerró la puerta cuando entró el último de ellos.

No había nada allí dentro, solo paredes de un blanco tan inmaculado que enseguida uno se daba cuenta de que no eran reales. Allí tampoco habló nadie durante unos minutos; se limitaban a pasear arriba y abajo o a esperar en cuclillas como hizo el propio Sochi. Al final, una chica con cresta amarilla, alta y musculosa, decidió ser la primera en decir algo:

—¿Alguien sabe de qué narices va esto?

Esa pregunta pareció activarlos a todos, y pronto empezó una acalorada discusión donde cada uno aportaba su opinión. En poco rato quedaron claras varias cosas: que todos ellos eran o habían sido hasta hacía poco deportistas de buen nivel, que ninguno tenía ni idea de lo que les podía esperar y que todos habían sido llevados hasta allí un poco engañados.

Sochi enseguida se dio cuenta de que no cuadraba para nada con ese grupo y lamentó no haberse resistido más a ser arrastrado con ellos como le había dicho Zoltan.

Apareció un ayudante virtual y les trajo unos pequeños recipientes con un líquido algo espeso.

–Son estimulantes para las pruebas. Tómenselo.

Sochi iba a coger uno de los recipientes cuando el ayudante lo detuvo.

–Este es el suyo –le dijo dándole uno que llevaba separado en su otra mano, e hizo lo mismo con otros dos componentes del grupo.

Sochi miró el recipiente que le tendían, exactamente igual que los otros, y lo cogió. Todos lo bebieron hasta apurar el contenido, incluido Sochi. Tenía una textura repugnante, pero el sabor no estaba mal, con cierto recuerdo a las naranjas artificiales que tomaban algunas mañanas con el desayuno.

Pasados unos minutos, una voz que provenía de más allá de la pared pronunció un nombre claramente audible para todos.

–Adeline Mathieu.

Resultó ser el nombre de la chica de la cresta, que miró a los demás con miedo en los ojos antes de contestar.

–Soy... yo.

–Atraviesa la pared por favor.

Por unos instantes pareció no saber qué hacer, hasta que un chico tan musculoso que parecía un muñeco le dijo:

–La pared es virtual, pasa al otro lado.

Ella sonrió, y toda aquella agresividad que mostrara hasta el momento de oír su nombre desapareció del todo. Se acercó lentamente a la pared y la palpó con una mano algo temblorosa. La pared no desapareció, pero la mano penetró sin problema alguno. Finalmente, ella la atravesó con paso suave y felino y la perdieron de vista.

–Menuda tontería –dijo otro de los chicos, que destacaba por estar muy moreno, como si se pasara la vida al aire libre.

Sochi, que permanecía mudo a la espera de acontecimientos, pensó que tal vez participaba en las carreras salvajes que habían sido prohibidas hacía poco debido a su brutalidad.

La hora siguiente fue monótona y aburrida. Cada quince minutos aproximadamente la voz pronunciaba un nombre y alguno de sus compañeros de reclusión provisional desaparecía tras la pared. Con el paso del tiempo, las conversaciones se fueron acallando y los pocos que fueron quedando permanecían sentados en cojines que habían aparecido en el suelo o caminaban lentamente en círculo como roedores atrapados en un laberinto.

Solo una vez le preguntaron por el deporte que practicaba, a lo que Sochi no supo qué responder y solo se le ocurrió decir:

–Soy bueno en el ajedrez.

Algunos se rieron y otros simplemente se reafirmaron en la opinión que ya tenían sobre aquel chico enclenque que parecía salir de otro mundo.

Nadie volvió a dirigirle la palabra.

Cuando solo quedaban dos chicas y él, la voz pronunció su nombre.

–Sochi Roumegerb.

–Menudo apellido tienes –dijo una de sus compañeras, haciendo reír a la otra.

Sochi sonrió tímidamente y se acercó a la pared. A pesar de que había visto al resto de sus compañeros atravesarla sin dificultades, dudó cuando estaba cerca. Con precaución, estiró una mano hasta contactar con el muro blanco y atravesarlo sin más sensaciones que alguna cosquillita en la piel del brazo.

–¡Venga, hombre! –dijo la que se había reído de su apellido–. Cuanto más tardes, más tiempo estaremos nosotras aquí encerradas.

–Bueno, ya voy, solo...

–¡Venga!

Sin pensárselo dos veces, Sochi atravesó limpiamente la pared, esperando toparse con alguien al otro lado que le dijera qué debía hacer. En lugar de eso, se encontró en otro largo pasillo, también de un blanco inmaculado que enseguida atribuyó a su naturaleza virtual. Miró hacia un lado y hacia el otro sin saber qué dirección tomar.

–Siga la línea azul –dijo la misma voz, que parecía impaciente, como si esa indecisión hubiera causado algo de irritación en la máquina que transmitía las instrucciones.

Miró hacia el suelo y vio que una gruesa línea azul aparecía y se deslizaba suavemente hacia el lado derecho. Se quedó fascinado mirándola y la línea se detuvo como esperando a que él la siguiera. Efectivamente, era así, ya que en cuanto empezó a andar la línea siguió adelante, acomodándose a su ritmo y avanzando hacia una puerta que Sochi hubiera jurado que no estaba allí segundos antes. En cuanto llegó, la línea desapareció como engullida nuevamente por la superficie.

–Vamos, pase sin miedo, hombre –le dijo un clon virtual que parecía bastante antiguo, ya que se apreciaba visiblemente que no era real.

Sochi entró y se sentó frente a una pantalla en algo parecido a una silla. El clon se trasladó allí inmediatamente, pasando a un formato bidimensional, donde se le notaba mucho más cómodo.

–Veamos, señor Roumegerb. ¿Sabe por qué está usted aquí?

–Yo... bueno, Kayla me dijo que...

–¿Quién es Kayla? –le cortó la imagen.

–Una amiga mía.

Como vio que no pensaba continuar, la pantalla lo apremió. Parecía algo impaciente, como si realmente tuviera muchas cosas pendientes de hacer esa mañana.

–¿Y...?

–Una amiga mía y de Zoltan.

–¿Se refiere usted a nuestro colaborador?

–Sí, bueno, supongo.

–De acuerdo, vino con su amiga y con Zoltan.

–En realidad, no. Vine con Kayla y aquí me encontré con Zoltan, que por cierto me dijo que no me moviera, pero entonces tropecé y un chico con una chaqueta naranja me metió en este grupo, y yo creo que no...

–¡Guarde silencio! –le ordenó la imagen con tono imperativo.

–Pero es que yo no...

–¡Guarde silencio!

Sochi así lo hizo y la pantalla se apagó.

Poco después apareció una chica vestida totalmente de blanco y le pidió que la acompañara. Pasaron por diversas salas que cambiaban de configuración conforme ellos iban atravesándolas hasta que llegaron a una muy grande y la chica le indicó que se detuviera en un pequeño círculo rojo que destacaba en el suelo. Ella se acercó a una pared en la que apareció un compartimento y sacó de allí una especie de membrana que le puso en la sien izquierda.

–Ahora mire al frente y siga las instrucciones.



–Ehhh, sí, vale, gracias –respondió Sochi tratando de parecer atento ante aquella ayudante.

Pero ella ni siquiera lo volvió a mirar, simplemente desapareció engullida por otra de aquellas paredes virtuales. Al frente apareció una especie de cuadrado, situado a poco más de diez metros, y una voz le explicó lo que iba a suceder a continuación.

–Esta es una prueba de reflejos. Le lanzaremos pelotas de diversas medidas y consistencias a determinada velocidad y usted deberá apartarse lo antes que pueda sin que lleguen a golpearle. Está usted entrenado para ello, de manera que empezaremos por el nivel cuatro, correspondiente a deportista medio. ¿Alguna pregunta?

Sochi se asustó tanto que salió del círculo. La voz de la pantalla sonó por toda la sala.

–Vuelva al círculo por favor. No salga de él en ninguna circunstancia mientras se realiza la prueba.

–No, pero es que yo no soy deportista y...

–Vuelva al círculo, por favor.

–Pero es que...

–Vuelva al círculo, por favor.

–¿No sabe decir otra cosa o qué?

Con precaución y sin dejar de mirar al cuadrado que ahora parecía claramente metálico, Sochi entró en el círculo, no sin intentar de nuevo que alguien lo escuchara.

–Están en un error, yo no soy como los otros.

–¡Guarde silencio!

Lo hizo, aunque eso no disminuyó su preocupación.

Oyó un sonido como de un cierre deslizándose para liberar algo; un clic que, a decir verdad, no sonaba nada amenaza-

dor. Sin embargo, Sochi no podía dejar de temblar mientras miraba fijamente al cuadrado.

Obsesivamente.

Justo en ese momento, pensó en la cara angulosa y dura de Zoltan el tiempo justo para maldecirlo.

Después creyó ver algo que se movía a gran velocidad en su dirección y, sin saber muy bien cómo lo hizo, se apartó justo un segundo antes de que el objeto esférico lo golpeará. Mientras trataba de salir de su asombro ante aquella velocidad de movimientos a la que no estaba acostumbrado, *sintió* cómo se aproximaba otro objeto a mayor velocidad y también consiguió esquivarlo.

Sonrió.

No sabía qué estaba sucediéndole, pero se sentía muy bien.

Estuvo así un rato, esquivando pelotas que cada vez iban más rápido.

Finalmente, justo cuando acababa de apartarse a su derecha, sintió que algo se aproximaba nuevamente a gran velocidad.

Trató de girarse.

No vio nada más.

Solo cómo se le venía encima la oscuridad.

El impacto lo dejó en un estado de semiinconsciencia en el que no sentía nada del exterior, aunque, de alguna manera, intuía que estaban trasladando su cuerpo a alguna parte. Por alguna razón, se le apareció el rostro del doctor Bormand, el hombre que los había recibido esa mañana, y volvió a recordar una parte del discurso que les había soltado pocas horas antes.

–Permítanme que me presente: mi nombre es doctor Bormand, y así quiero que se dirijan a mí porque he pasado

buena parte de mi vida dedicado a investigar la mejora del rendimiento del cuerpo humano. A pesar de lo que decían los antiguos griegos, nuestro cuerpo no es un templo, es una máquina, y, como tal, necesita que la hagamos evolucionar, que forcemos su motor para ver dónde están sus límites, y, créanme... todavía no hemos llegado a descubrirlos del todo.

Hablaba desde una ancha tarima junto a una de las paredes del enorme pabellón. Allí se llevaban a cabo las presentaciones y otros actos de la Escuela Oficial de Mejora del Rendimiento donde Kayla lo había llevado esa mañana. Era evidente que al doctor le encantaba que todo el mundo estuviera pendiente de él, especialmente los voluntarios, a los que en privado todos llamaban *cobayas*.

—Como director de esta institución, les doy mi más sincera bienvenida. Ustedes están aquí como voluntarios de esa cruzada que emprendimos hace tiempo para mejorar a nuestra raza y hacerla más perfecta, más fuerte y dominante. Todos ustedes saben que durante un largo tiempo oscuro estuvimos a punto de ser barridos de la faz de la Tierra por guiarnos por la codicia y la inmoralidad. Pues bien, eso se acabó; ahora estamos en otro momento, en otra era, me atrevería a decir...

Hizo una nueva pausa dramática para mirar a los aspirantes fijamente, casi uno por uno, a pesar de que había más de treinta en esta hornada. Sochi trataba de prestar atención, aunque sentía miedo de lo que pudiera pasarle a continuación. Desde ese estado letárgico en que se encontraba, Sochi podía incluso recordar esa sensación mientras seguía recordando el discurso de unas horas antes.

—Esa falta de ética, esa voracidad por el dinero fácil fue la que nos llevó a primeros de este mismo siglo a poner

por primera vez nuestro sistema en serio peligro. La crisis de principios del siglo veintiuno fue un primer aviso serio de lo que se avecinaba. Usureros disfrazados de banqueros llevaron a miles de familias a la ruina, dejándolas sin nada, ni siquiera una casa donde guarecerse y, aunque se logró remontar esa situación, nada les impidió prepararse de nuevo para dar el gran golpe que casi acaba con nuestra civilización. Ustedes no habían nacido cuando los especuladores trataron de burlar de nuevo a la sociedad con sus locos planes expansivos utilizando las llamadas criptomonedas.

La aparición de monedas virtuales al margen de toda realidad productiva fue solo el preludeo de lo que vino después, como bien sabía Sochi.

—Esos locos crearon un mercado especulativo que los volvió inmensamente ricos pero que acabó arruinando al mundo entero, con el apoyo de gobiernos corruptos dirigidos por políticos incapaces. Fuimos nosotros, las corporaciones como CIMA, los que conseguimos echarlos y recobramos el control a pesar de los muchos sacrificios que eso conllevó. Nosotros fuimos y seguimos siendo los garantes de un mundo en paz y próspero. Ahora, cuando estamos a punto de entrar en el nuevo año de 2070 todo sigue en orden. Y el deporte surge como símbolo de justicia y de oportunidades, representando los valores de CIMA: esfuerzo, equipo, constancia, lucha... Por eso, sé que muchos de vosotros estáis ansiosos por aceptar una parte de sacrificio personal para un bien supremo y común. Habéis sido escogidos para estudiar algunas mejoras que acabaremos aplicando a los deportistas de élite y por eso os envidio.

Sochi seguía en ese estado inconsciente que le permitía observar casi desde fuera lo que su mente elaboraba. No tenía sensaciones físicas, solo algún reflejo de dolor, pero muy lejano, como si no fuera con él. Perdió la imagen de Bor-mand, pero no de esos recuerdos recientes en los que estaba convencido de que aquel hombre les mentía.

También rememoró *flashes* de un documento audiovisual que vieron después del discurso sobre la versión oficial de su propia historia reciente. Allí se explicaba cómo las grandes corporaciones, que habían ido aglutinando un enorme poder económico a lo largo de las décadas, decidieron tomar el control de las finanzas mundiales cuando se produjo la gran catástrofe financiera cerca del año 2055. Su mente rememoraba imágenes del mensaje sobre cómo esas mismas corporaciones apartaron a los políticos de los gobiernos y se constituyeron en únicas autoridades civiles, repartiéndose las riquezas, los territorios y también las poblaciones hasta llegar a los grandes acuerdos que acabaron con la gran alianza llamada CIMA, que acabó tomando también el poder militar y decidió dirigir el mundo como habían dirigido antes las empresas que la constituían.

Lo que no explicaba ese documento era cómo ese mundo que habían creado fomentaba al máximo la competitividad entre ciudadanos, donde estabas con los vencedores o eras un vencido, donde se eliminaron las políticas sociales y sanitarias, donde no existía nada público y, aunque dejaron de pagarse impuestos, la gente empezó a pagar por todo: uso de carreteras, sanidad, educación, vivienda, tiempo libre...

Y, en medio de esa niebla llena de imágenes y voces, Sochi creyó distinguir una voz real que se imponía a los recuerdos, aunque le costaba procesar lo que decía. Creyó reconocer a la persona, pero apenas entendió de qué hablaba.

–¡Eh, eh!, quietecito, doctor. Este es un amigo mío y me lo voy a llevar a que le vea un médico de verdad.

Otra voz, totalmente desconocida, intervino:

–Pero yo soy médico, ¿no? –dijo con cierta dificultad para hablar.

–Solo a veces, amigo, solo a veces, cuando deja de tomar esas drogas sintéticas que tanto le gustan.

Esta vez estuvo seguro de que era Zoltan el que hablaba. Notaba que recuperaba el control de la realidad y pudo sentir que alguien movía su cuerpo, como si lo trasladaran flotando.

Reconoció enseguida la voz de Kayla cuando la oyó.

–¿Por qué te lo llevas? ¿No es médico ese hombre?

–Lo era, antes de volverse un adicto. Prefiero que lo vea uno que esté sereno.

Se desconectó de nuevo, como si el cable que lo unía con la realidad externa se hubiera desencajado otra vez.

Pasado un rato, no sabía cuánto, volvió a oír voces.

–Le he hecho un reconocimiento completo con el escáner portátil y creo que solo ha sido el golpe, así que despertará en unos minutos. Os dejo solos, que tengo un traumatismo muy serio con una de las cobayas de hoy. Parece ser que no *intuyó* que algo le caía encima y le dio en plena cabeza.

–Sí, gracias, doctor.

**36** Escuchó una puerta que se deslizaba y sintió un enorme dolor. La conexión con la realidad volvía a estar activa, pero no podía moverse todavía. Escuchó de nuevo la voz de Kayla.

–Te dije que no era un buen candidato.

–Al contrario –respondió Zoltan desde algún lugar de la habitación.

Su voz le llegaba como a trompicones, como si Zoltan se estuviera moviendo mientras hablaba.

–¿Fue esto lo que le pasó a Nola?

Se hizo un silencio espeso que Sochi no estaba en condiciones de interpretar. Finalmente, la voz de Zoltan lo rompió.

–Nola está bien, solo que no puedo explicarte nada, ya sabes.

–Sí, claro, debo creerte y ya está. Cuando apareciste la primera vez en mi vida, ya imaginé que me traerías problemas.

–¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué decidiste colaborar conmigo?

La larga pausa que siguió fue suficiente como para que Sochi entendiera los motivos. Kayla estaba enamorada de ese chico. Debería haberlo supuesto la primera vez que ella le habló de él. Tenía ese tono especial en su voz, el de una persona que siente algo profundo por otro, como le sucedía a él mismo con ella.

–Lo hice por... tengo mis propias razones.

–¿La rabia? –intervino Zoltan, que volvía a estar en movimiento.

Sochi ya estaba consciente del todo; lo sabía por el intenso dolor que ahora ya podía localizar en su cuerpo, concretamente en su cabeza, allí donde recibió el impacto de eso que no pudo ni llegar a ver. Sin embargo, decidió no hacerlo notar; prefería escuchar por si averiguaba alguna de las razones que lo habían llevado a esa abrupta y extraña ruptura en la monotonía de su vida.

–¿Rabia? ¿Por qué iba a sentir rabia? –se defendió Kayla, aunque sin demasiada convicción.

Cuando uno está inmóvil, pendiente solo de lo que se escucha, se perciben matices que normalmente se pierden. Por eso Sochi supo que Zoltan había acertado.

–Rabia por cómo te ha ido todo hasta ahora.

–Tú no sabes nada de mí.

–Te equivocas. Sé muchas cosas de ti, Kayla. Sé que a los ocho años, cuando el comité de selección decidió por ti, como hacen con todos, cuál sería tu futuro, sentiste esa rabia por primera vez. Sé que a ti te gustaba estudiar, te gustaban las matemáticas y los juegos de estrategia y que por eso te metiste en el ajedrez. Sé que, a pesar de que no querías, te esforzaste como deportista para ser mejor atleta, mejor corredora, mejor saltadora, para llegar a ser una estrella en los deportes atléticos y satisfacer a tus padres para que pudieran tener una casa pagada, un buen salario, nuevos amigos, un círculo social, fiestas...

–Yo no lo decidí, pero no podía hacer otra cosa que esforzarme.

–Sí, y lo hiciste bien, y por eso cuando tus padres descubrieron lo del ajedrez, pactaste con ellos doblar los entrenamientos deportivos para poder seguir practicándolo. Esa fue la segunda vez que sentiste una gran rabia.

–Parece que lo sabes todo.

–No todo. Pero sí sé que tenías la esperanza de poder competir en los juegos atléticos y que, cuando los suspendieron y decidieron que serías una animadora, la rabia pasó a formar parte de ti de forma permanente.

Sochi estaba del todo despierto y dudó en si debía intervenir para defender a Kayla. Recordaba perfectamente cómo los juegos atléticos habían ido perdiendo interés en detrimento del fútbol de contacto, que todo lo acaparaba. Para



colmo, decidieron suspenderlos indefinidamente cuando aquel chico holandés sufrió un ataque al corazón en pleno campeonato. Su rostro, azul por la falta de oxígeno, llenó las pantallas de los hogares, de los trabajos, de los ascensores, de los centros comerciales de todo el mundo.

La gente lo vio y giró la cara –hubieran apagado las pantallas si ello fuera posible– y en pocos días los deportes atléticos fueron suprimidos. Kayla tuvo suerte de que la recolocaran como *cheerleader*.

Lo que había explicado Zoltan le hizo pensar en su propia selección, también a los ocho años, como era obligatorio. En su caso, apenas fue una formalidad y el comité de selección, después de someterlo a pruebas físicas y de estrés, no necesitó más de un par de días para determinar que toda su vida se dedicaría a tareas auxiliares. Tuvo suerte y demostró ser espabilado en el club de su distrito, de manera que lo destinaron a dar apoyo a deportistas de alto nivel.

–Eres un... –intervino Kayla sin acabar la frase.

–No te enfades conmigo, Kayla, no soy yo quien te hizo todo eso.

Sochi decidió que era el momento de despertar del todo.

–¿Qué ha pasado...? –dijo tratando de incorporarse con dificultad en una especie de cama flotante que servía también de medio de transporte.

Estaban en una sala igual que las otras, totalmente blanca y sin mobiliario alguno. Kayla se acercó inmediatamente, con cara de preocupación.

–¿Estás bien? –le dijo poniéndole una mano en la frente.

–Sí... creo que sí –respondió Sochi tratando de retener esa sensación de contacto.

–Te dio de lleno. No pudiste esquivar una de las pelotas. Cada vez van más rápidas y también son más duras. Creo que esta no la viste venir –le explicó Zoltan con una media sonrisa extraña.

–No sé qué sucedió. Estaba moviéndome rápido y... ya no recuerdo nada más.

–Lo siento, no debió pasar nada de esto. Pero te dije que no te movieras de donde nos vimos –le dijo Zoltan con un tono que parecía realmente sincero.

–Eso, encima será culpa mía. ¡Menuda cara!

–¿Qué hacías con ese grupo? –quiso saber Kayla.

–¡Yo que sé! Nada, solo me limité a seguir las instrucciones que me daban y luego aquella chica con uniforme me llevó a un círculo rojo y entonces apareció algo en la pared del fondo y oí ese ruido, como un clic...

–Te lanzaron una bola a gran velocidad para ver si eras capaz de intuir su movimiento y apartarte a tiempo.

–¡Lo hice! ¡Y no solo una! Fue algo raro... Yo no soy muy hábil físicamente hablando, a veces incluso me doy con un poste en plena calle.

Kayla le sonrió.

–Lo hiciste muy bien.

–Tal vez, pero eso no tiene nada que ver con el ajedrez, ¿no?

Se hizo el silencio y, cuando Kayla iba a responder, un asistente virtual apareció en la habitación. Sochi no lo vio entrar; era como si se hubiera materializado allí mismo.

–Las personas no autorizadas deben abandonar las instalaciones –dijo con esa voz algo metálica.

–Tienes que irte –le dijo Zoltan a Kayla.

–No –intervino Sochi demasiado rápido.

–No puedo hacer nada –se disculpó Kayla–. Nos veremos pronto, vendré a verte.

Todavía tuvo tiempo de mirar fijamente a Zoltan y lanzarle una advertencia:

–No quiero que sea como Nola, ¿lo entiendes?

–No te preocupes –le respondió Zoltan–. Podrás venir a verlo muy pronto.

Cuando se quedaron a solas, Sochi se incorporó definitivamente, aunque todavía sentía algo de mareo y un fuerte dolor en la zona del impacto.

–¿Quién es Nola? –preguntó en cuanto estuvo del todo estable.

Zoltan se levantó y volvió a pasear; debía ser una costumbre cuando hablaba.

–Déjame que te cuente algunas cosas antes de llegar a Nola. Solo un pequeño contexto y después abordaremos la razón por la que estás aquí hoy con ese dolor de cabeza.

–Sí, estaría bien.

–Trabajo para CIMA, aunque eso ya debes suponerlo.

–Sí, más o menos.

–Bueno, no hace falta entrar en detalles, pero mi labor tiene que ver con la mejora del rendimiento; eso es lo que hacemos aquí.

–¿Para el fútbol de contacto?

–Sí, claro.

Todo se movía alrededor de ese deporte que había ido eliminando a todos los demás.

–Esas pruebas como las que tú pasaste las hacemos por la intuición. Estamos investigando en ese campo, y los voluntarios...

–¿La intuición? ¿Qué tipo de intuición? –lo interrumpió Sochi, que aún trataba de despertarse del todo.

–Justo ahí está el problema. Normalmente tratamos de encontrar un tipo de intuición evidente, la que tienen muchos deportistas de alto nivel, que hace que, de alguna manera, se anticipen físicamente a lo que va a suceder. Si te fijas bien en los partidos... Ves los partidos, ¿no?

–¿Tengo otra opción?

–No, supongo que no.

Sochi se puso en pie de golpe, y todo se puso a dar vueltas, por lo que estuvo a punto de volver a caer en la litera.

–Eh, amigo, calma –le dijo Zoltan, sujetándolo.

–No soy tu amigo –le respondió, dejando que le echara una mano para levantarse del todo.

Mientras trataba de recuperar el equilibrio, se fijó en la sala y en cómo parecía como si las cosas fueran cambiando de forma imperceptiblemente, como si la sala se fuera acomodando a las necesidades que mostraban los que se encontraban en ella. Por eso, cuando Zoltan fue a sentarse cerca de él, apareció como de la nada una silla que parecía haber estado siempre ahí.

Sochi arrugó la frente y Zoltan se dio cuenta.

–¿Lo has notado? –le preguntó.

–¿El qué?

–Cómo cambia la sala. La mayoría de la gente no se da cuenta. Esta programación es hipersensible a los movimientos humanos y anticipa las necesidades sin que nos demos cuenta.

**42** Sochi echó un vistazo general a la sala. No se veía nada extraño, y, sin embargo...

–Lo intuyes, ¿verdad? No lo sabes, pero lo intuyes.

–Bueno, no sé. En realidad, es solo como un presentimiento. No lo veo, pero lo siento... ¡Buf! Me estoy explicando fatal.

Zoltan sonrió por primera vez. Cuando lo hacía, sus facciones se suavizaban mucho y sus ojos se aclaraban un poco. Era una persona magnética, de esas que te engancha sin saber el motivo, como pensó que le debía de haber pasado a Kayla, y lo odió instantáneamente por eso. Llevaba el oscuro pelo corto despeinado. Aparentemente parecía un chico majo, hasta que uno lo miraba a los ojos. Eran negros como la noche más oscura. Naturalmente, podían ser lentillas de duración limitada como las que llevaba casi todo el mundo, pero algo le hizo pensar que no era así. Vestía una camiseta ancha y algo desajustada, que parecía cambiar de color según le diera la luz, algo bastante habitual en la ropa juvenil. Era alto, más que la mayoría, y de complexión delgada pero fibrosa, y Sochi intuyó enseguida que hacía deporte o había hecho deporte. La sensación que causaba era de intimidación.

Esa sonrisa lo hacía más humano, más cercano.

–No, qué va. Acabas de definir un tipo de intuición sobre el que apenas sabemos nada. La intuición pura, la llamamos por aquí, aunque no nos hacen mucho caso. Es otro tipo diferente a la de tipo físico, más... profunda.

–No entiendo nada de lo que me dices. De hecho, no entiendo qué hago yo aquí.

–Ven, siéntate.

Zoltan lo acompañó hasta un pequeño sillón que *estaba* ahí sin que al parecer nadie lo hubiera puesto.

Cuando ambos estuvieron cara a cara, Zoltan se revolvió el pelo, en un gesto que debía hacer sin darse cuenta y que explicaba por qué lo llevaba siempre desordenado.

–Vamos a ver si te lo explico. CIMA lleva muchos años investigando cómo mejorar el rendimiento de los deportistas, ya lo sabes.

Sochi movió la cabeza afirmativamente: eso lo sabía todo el mundo. Igual que todo el mundo sabía que su objetivo final era que la gente se dejara todo su dinero en comprar cosas relacionadas con sus ídolos y con las apuestas.

–Bien, el caso es que llevan bastante tiempo diseñando programas de desarrollo para los deportistas de élite. Investigan en muchos campos a la vez, en cómo desarrollar la capacidad muscular, en ampliar los límites del cansancio, en acortar los períodos de recuperación, en velocidad, elasticidad...

En cuanto dijo esa palabra, a Sochi le vino a la cabeza la imagen de Kayla. Trató de concentrarse en escuchar.

–En todos esos campos, utilizan deportistas de primer nivel para averiguar los mecanismos que los hacen especiales y poder así hacerlos todavía mejores, más fuertes, más rápidos, más flexibles... Hace un par de años empezamos un programa para entender cómo funciona la intuición no perceptible y...

–Cuando dices *empezamos*, ¿te refieres a que tú formas parte de todo esto, como me has dicho?

Zoltan lo miró durante unos segundos como si quisiera decirle algo que no podía. Sus ojos habían vuelto a oscurecerse y también a hacerse más duros.

–En cierto modo –respondió con la clara voluntad de no ir más allá.

Sin embargo, Sochi no pensaba rendirse tan fácilmente. Tenía curiosidad y algo le decía que Zoltan ocultaba mucho más de lo que mostraba.

¿Intuición?

–¿Qué quieres decir con eso?

Hizo una pausa y al final pareció decidir que podía explicar algo más.

–Yo era deportista en un equipo de fútbol de contacto...

–¿Cuál?

–Eso no importa, en uno de los buenos, ¿vale?

Sochi captó que era mejor no seguir interrogándolo.

–De acuerdo.

–Bien, el caso es que tuve que dejarlo y me propusieron participar en este programa y... aquí estoy, hablando contigo en una sala movediza.

–¡Ja! ¡Ja! ¡Eso es genial! ¡Una sala movediza! –dijo soltando una sonora carcajada.

–Está bien, escúchame que enseguida acabo.

–Vale, perdona, son los nervios –se disculpó Sochi.

–No va a pasarte nada malo, lo de antes ha sido un error. Tú posees otro tipo de intuición, ya te lo he dicho. Uno de los programas principales que se desarrollan aquí tiene que ver con la intuición física, como la capacidad de los deportistas de prever los movimientos de sus contrarios para poder anticiparse y sacar ventaja.

–Como los defensas que adivinan el regate antes de que el delantero lo haga.

–Sí, exacto. Todo gira en torno a eso, a mejorar la capacidad de prever los movimientos y así anticiparse.

–Lo entiendo, aunque me parece un poco extraño, pero con estos de CIMA nunca se sabe.

Zoltan levantó su mano para hacerlo callar antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse. A CIMA no le gustaban mucho las críticas.

–Te das cuenta de que estás en una instalación de CIMA, ¿verdad?

Sochi se sonrojó y no dijo nada. A veces debería pensar un poco antes de hablar; su padre se lo decía constantemente.

–Bueno, pues a grandes rasgos ya te he hecho un resumen del programa.

–Sí –respondió Sochi mientras miraba las paredes como tratando de adivinar cuánta gente había escuchado ese comentario peligroso–. Pero todavía no me has contado qué hago yo aquí. Es más que evidente que no soy uno de esos deportistas de los que hablas.

–No, eso seguro –dijo Zoltan con una media sonrisa–. Pero, como te he dicho, hay otra parte del programa más experimental. No tratamos tanto con la intuición física sino con otro tipo de intuición, más profunda o más pura, por decirlo de alguna manera.

Sochi levantó las manos haciendo un gesto sarcástico.

–¡Ohhh! Ahora está todo mucho más claro.

–Mira, no tengo muchas ganas de bromas...

–Ni yo, te lo aseguro –lo cortó Sochi–. Al fin y al cabo, es a mí a quien le ha dado una maldita pelota en plena cara. Kayla me trajo por algo del ajedrez, así que no entiendo nada.

–Déjame que te explique algo. Aquí definen la intuición como la capacidad de relacionar un fragmento de la realidad con otro que se ha experimentado previamente. Esa experimentación anterior es la clave, porque significa que simplemente aprendes a anticiparte a algo que ya conoces.

–Como un regate...

–Sí, veo que eres listo. Si somos capaces de entrenar eso, los deportistas podrán anticiparse a lo que vaya a hacer su contra-



rio a partir de una pequeña señal, que puede ser la inclinación del cuerpo, un gesto en la cara, cualquier cosa. Una pista no perceptible nos pondrá en alerta inconsciente de cuál va a ser su siguiente movimiento y seremos capaces de anticiparnos.

–Lo entiendo, pero ¿eso es posible?

–En buena parte, los entrenamientos ya intentan hacer eso a base de estudiar a los rivales, pero es algo todavía consciente, y los procesos conscientes son demasiado lentos para aplicarlos a algo tan rápido como una competición deportiva.

–Sí, vale, pero no es mi caso.

–Claro que no. Lo que trato de explicarte es que la razón por la que estás aquí es diferente de la de los otros chicos. Por eso no quería que fueras con ellos, porque no se trata de hacerte pruebas físicas que seguro que no pasarás.

–Hombre, tampoco es eso.

–No, ni una, te lo aseguro. Yo las he hecho y todavía no entiendo cómo aguantaste con los lanzamientos del nivel medio. Tendrías que haber quedado fuera de combate a la primera bola.

–Entonces, ¿por qué me trajo Kayla aquí?

–Yo se lo pedí.

–¿Por qué?

–Porque moviste ese alfil.

Sochi lo miró unos segundos para saber si le estaba tomando el pelo. Decidió que no era así. Zoltan no parecía muy dado a bromear; siempre parecía enfadado con todo el mundo.

–¿Y? –quiso saber.

–Tú no sabes mucho de ajedrez, ¿verdad?

–No mucho.

–Te apuntaste porque así podías estar cerca de Kayla...

No era una pregunta, así que prefirió no responder, aunque el color de sus mejillas lo hizo por él.

–Kayla es buena jugadora, muy buena, y no sé si lo sabes, pero yo formo parte del grupo de los cien mejores.

No lo dijo para presumir; era solo un hecho que había que tener en cuenta.

–Me lo dijo.

–Y tú, que no tienes ni idea y que además estabas jugando como un novato, de repente hiciste un movimiento nada ortodoxo. No podías saber que esa estrategia de ataque era brillante y totalmente nueva. ¿Sabes a qué me refiero?

–Ni idea.

–Claro que no, pero lo hiciste. Utilizaste tu intuición para innovar, y eso significa cambiar la realidad.

–Si tú lo dices...

Se hizo un silencio breve que Sochi aprovechó para preguntarle algo que le rondaba la mente desde que Kayla se marchó.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro.

–¿De qué conoces a Kayla? ¿Quién es Nola?

Zoltan se levantó de nuevo y caminó por la sala unos segundos antes de responder.

–Eso son dos preguntas, pero trataré de responderlas. Conocí a Kayla en el club de ajedrez. Ella no pasa desapercibida, ya sabes...

Sochi no dijo nada, pero entendió perfectamente la referencia.

–Un día me acerqué y le expliqué lo mismo que te he dicho a ti ahora sobre buscar nuevos talentos para CIMA y le ofrecí colaborar a cambio de algunos privilegios. Aunque se mostró reticente, al final se prestó a hacerlo.

Sochi no sabía si Zoltan era consciente de lo que ella sentía por él, aunque sospechaba que sí y que además lo utilizaba para obtener sus propósitos. Claro que... Kayla había hecho más o menos lo mismo con él.

–Lleva un tiempo proporcionándome información sobre gente que puede ser candidata a esas otras pruebas que tú tenías que hacer, más relacionadas con la intuición pura. Me ha presentado a algunos candidatos, no muchos y casi ninguno realmente bueno, de manera que solo uno de ellos llegó hasta donde tú estás ahora.

–¿Nola?

–Sí, era una vecina suya muy especial, capaz de ganar dinero en las apuestas sin tener ni idea de deportes. Ni siquiera sabía los nombres de la mayoría de los equipos, pero apostaba por intuición... y ganaba muchas veces, más de las que la probabilidad prevé.

–Hablas de ella en pasado...

Zoltan lo miró a los ojos y continuó hablando como si no hubiera escuchado el comentario.

–Kayla la acompañó un día aquí e hizo las pruebas. Nos ha servido de mucha ayuda.

–¿Dónde está ahora? –le preguntó Sochi al ver que no seguía hablando.

–Sigue su proceso, eso es todo.

Se dio cuenta de que no iba a sacarle nada más, de manera que decidió centrarse en su propio futuro.

—¿Y yo?

—Tú eres alguien muy especial, creo, como lo era Nola, aunque tienes algo que ella no tenía.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tienes la cualidad de ver dónde hay nuevos caminos. Lo hiciste con el ajedrez, y eso que intentabas aún sin saberlo, amigo mío, tiene un nombre.

—¿En serio?

—Sí. Un nombre algo extraño, pero de contenido muy potente.

—¿Cuál?

—Pronto lo sabrás.

La conversación terminó allí, pues Zoltan dijo que tenía que irse, pero que volvería en un rato.

Ya solo, Sochi trató de rememorar ese loco día que había comenzado muy temprano, cuando quedó con Kayla y juntos tomaron el transporte colectivo hacia la zona norte. En las calles apenas había tráfico, ya que solo los ricos y los cargos oficiales disponían de vehículos privados que, además, circulaban por circuitos cerrados. El enorme vehículo de diez vagones flotaba sobre el suelo, lo que les permitía desplazarse a gran velocidad.

Contemplaron en silencio el paisaje de esa ciudad que antes de que todo cambiara se llamaba Barcelona, un sitio bonito que el crecimiento descontrolado y la huida de los barrios por culpa de la gran crisis habían desfigurado. En aquella congregación urbana vivían actualmente más de diez millones de habitantes, aunque en realidad ya hacía tiempo que nadie sabía cuánta gente realmente habitaba la superciudad. Salvo en la zona centro, donde todo el mundo estaba

censado, una gran parte de la población se movía entre las sombras, ocupando pisos y bloques sin control alguno. En los barrios apartados apenas existía mantenimiento o planificación. Allí los edificios eran viejos, feos y mucho más altos, de más de ochenta pisos en muchos casos, todos iguales, sin prácticamente ventanas. Los que vivían allí estaban al límite de pasar a la marginación, y eso se notaba en cuanto pisabas la calle.

Llegaron a la parada final y salieron bajo una débil llovizna que manchaba los edificios y las ropas debido a que el agua se mezclaba con la alta contaminación del aire. Pronto dejaron atrás los primeros edificios que, de alguna manera, escondían la devastación que se ocultaba tras ellos. Enormes bloques de apartamentos se extendían uno tras otro sin fin, de forma paralela a un mar que aparecía sucio y cubierto de espuma. La parte del puerto que lindaba con el centro había sido limpiada a fondo mediante ingeniería biológica, de manera que conservaba su color azul, pero unas millas mar adentro todo era diferente y el azul era gris, o incluso negro. Los grandes cruceros que llegaban a la metrópolis lo hacían siguiendo un recorrido obligatorio que se mantenía limpio, de manera que casi nadie se daba cuenta de la realidad.

Todo eso parecía ahora formar parte de un sueño, algo que le estaba pasando a otra persona y no a él. Y todo porque hacía unas semanas, en el pabellón donde trabajaba, unos chicos quisieron apostar a ver quién era el más rápido esquivando lanzamientos virtuales. La apuesta se abrió enseguida a todo el que quisiera participar y muchos de los trabajadores lo hicieron, incluido Sochi, ya que participar en apuestas estaba bien visto por CIMA.

El tablón virtual que se había encendido en el pabellón marcaba las cantidades para cada participante. Más del noventa por ciento apostaba por un chico que era una estrella alemana del fútbol, aunque hubo algunos que lo hicieron por otros chicos. Solo una persona apostó por una de las chicas, una futbolista italiana de segundo nivel que llevaba largas colas en su cabello y era extremadamente delgada y frágil.

Ese único apostante no concurrente era Sochi.

La chica ganó contra todo pronóstico, y Kayla, que ese día estaba allí ensayando, decidió que ese chico rubio, de ojos marrones y algo acuosos que enmarcaban una cara redonda y afable era un candidato para probar el ajedrez, de acuerdo con los parámetros establecidos en su acuerdo con Zoltan.

Sochi nunca hubiera imaginado que esa apuesta le llevaría a donde ahora se encontraba, pendiente de saber cuál era la palabra que definía lo que se suponía que él había hecho. Zoltan le había dicho que pronto lo sabría, de manera que no podía hacer nada por el momento. Estaba realmente asustado, así que, fuera lo que fuera, esperaba que no tardara mucho en aparecer.



## CH'IEN

Es un trigramo luminoso que simboliza el Cielo visto como estructura cambiante, creadora y dinámica. Se le vincula con la fuerza, el poder, la voluntad, la autoridad y la iniciativa. A veces es propicio y otras desfavorable. Se le atribuye constancia, persistencia, vigor y fuerza imparables una vez puesto en marcha.

REINA EN EL SUR

**Lo único que persiste es el cambio.**